

Sábado XXV del TO Ciclo B



28 de septiembre de 2024

Ecli 11, 9-12,8

Sal 89

Lc 9, 43-45

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura estamos ya al final del Libro del Eclesiastés. Parece que el autor (Qohelet) se siente cerca del final de su vida y se nos muestra nostálgico y poéticamente melancólico: es como si estuviera diciendo su adiós a la vida. A pesar de los límites y el desencanto, ama intensamente la vida, la siente más entrañablemente cuando se va a acabar. Es como si mirara hacia el pasado para regalarnos la clave de maduración y de la realización de una vida plena al llegar a la vejez: «*Acuérdate de tu Creador cuando eres joven*». Es como si nos mostrara el ancla de nuestra embarcación..., la que nos dará seguridad para fondear con seguridad en cualquier bahía durante la travesía y especialmente en los momentos de tormenta.

Pero ¿cómo concertar la luminosidad del esplendor de la juventud con el envejecimiento, irremediamente asociado a la sombría decadencia y a la decrepitud, si no es ignorando sus muchos inconvenientes y fastidios, evidentes para todos y temidos de manera casi unánime? « ¡Ay!, ¿qué será de mí cuando sea viejo? ¿Se me irá la cabeza? ¿Más?... ¿Qué achaques tendré o se irán acumulando a los que ya tengo ahora? La sola perspectiva de envejecer desencadena infinitas ansiedades y preocupaciones: miedo al relevo laboral, a la pérdida de relevancia social, a la dependencia, la soledad, al deterioro de la salud o de la imagen corporal. Sobre la vejez pesa la sentencia de ser un tiempo de regresión, pérdida e inactividad, carente de expectativas y de proyectos y habitada irremediamente por la amargura y la nostalgia.

Pero, frente a este imaginario que pretende engullirnos y tragarnos para siempre, emerge la Palabra de Dios que dice: «*Plantados en la casa del Señor, florecen en los atrios de nuestro Dios, todavía de viejos producen frutos, siguen llenos de frescura y lozanía*»¹ ; o la del Salmo de hoy: «*Ilénanos de tu amor por la mañana (= en la juventud) y júbilo será la vida toda*»; o la de Qohelet de hoy: «*Acuérdate de tu Creador cuando eres joven*», para afrontar lo que viene después desde otra cultura, con otra frescura, abandonando la cultura de la vejez que atraviesa el mundo de hoy como una losa más pesada que la de un sepulcro.

Se nos ha dicho que cuando seamos adultos mayores debemos cultivar el arte de envejecer y que debemos **aceptar** nuestro ritmo vital, resignándonos a los efectos de la edad, conociendo nuestros propios límites, evitando el aislamiento y el desinterés, manteniendo, además buena forma física en la medida de lo posible, o tal vez participando, incluso en un voluntariado...Y eso está muy bien. Pero, ¿no es mejor atreverse a **esperar** lo que nos parece imposible, preparándonos para el encuentro de Aquel que solo desea de nosotros confianza y agradecimiento?

¹ Sal 92, 14-15

Se nos ha dicho que cuando seamos viejos deberemos asumir nuestra historia, reconciliándonos con nuestro **pasado**. Vale. Pero, ¿no es mejor que nos fiemos de la promesa que nos arrastra hacia un **futuro** que desbordará nuestras más entusiastas previsiones?

Se nos ha dicho que en la tercera edad deberemos llenar nuestras tinajas con el agua de la paciencia y de la **resignación**. Pero, no es mejor que **nos abramos** a la llegada del Dios sorprendente que guarda el buen vino para lo último, como en las bodas de Caná?

La advertencia (o el consejo) de hoy, «*Acuérdate de tu Creador cuando eres joven*» es como una invitación para que al llegar a la edad adulta no pactemos con las consecuencias de la vida caduca, porque, en definitiva, eso ¿qué gracia tiene? La muerte no tiene la última palabra².

En el Evangelio, mientras duran los ecos de la reacción general ante el prodigio de la curación del niño epiléptico, Lucas, introduce el segundo anuncio de la pasión; y aprovecha la oportunidad de este segundo anuncio para insistir de manera particularmente llamativa (yo diría que dramática) en la falta de comprensión de los discípulos. Ellos son explícitamente los destinatarios de la predicción, porque Jesús se dirige a ellos con especial interés: «*métanse esto bien en la cabeza*», les dice; pero ellos son también los que «*no entienden*», los que «*no logran comprender*», los que «*tienen miedo*». Dada su estrecha vinculación con el episodio precedente, en que Jesús manifestó la misericordia de Dios en un niño postrado, el anuncio cobra una especial incisividad. A pesar de esa generación tan incrédula y pervertida, Jesús acaba de mostrar su misericordia, arrancando de la potencia del mal a un pobre desvalido, a un niño indefenso.

En contraste con el breve anuncio de Jesús, Lucas se centra más en la incompreensión de los discípulos. Ellos entienden la frase solo gramaticalmente y, porque la entienden así no comprenden su sentido. Ese destino no cuadra con lo que ellos esperan de Jesús, no logran conciliar poder con debilidad; no pueden comprender que el dominador de espíritus malignos caiga en poder de hombres. Las palabras de Jesús son, pues, oscuras para quien no está dispuesto a comprender³. Habrá que esperar a la resurrección para que los oídos dejen de estar sordos.

² Cfr. DOLORES ALEIXANDRE. *Las puertas de la tarde. Envejecer con esplendor*. Ed. Sal Terrae. Santander, 2007

³ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Antiguo Testamento. Poesía. Edición de Estudio. Tomo III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1993